Históricas Digital

"Los motivos de la derrota"
p. 57-62

Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate

María del Carmen Vázquez Mantecón

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de méxico
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

120 p.

Mapas, cuadros, grabados, fotografías

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 51)

ISBN 0978-607-02-3759-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de junio de 2022

Disponible en:
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/521a/puente_calderon.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere, se cite la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

LOS MOTIVOS DE LA DERROTA

El asunto más debatido entre los historiógrafos decimonónicos es el de las verdaderas causas que llevaron a la dispersión insurgente y a su abandono del campo de batalla. Antes de referirme a los autores y sus argumentos, me parece necesario reseñar la impresión de algunos testigos que dejaron su versión por escrito. Empiezo por la opinión de un oficial realista anónimo, quien contó que, a pesar de que Flon había intentado tres ataques decisivos, había sido rechazado. Por ello, se propuso reunir las diez piezas de artillería, pero no disparar, "hasta hallarse a tiro de pistola de la batería enemiga". Relata a continuación, que la tropa se reanimó al ver a Calleja y entonces se formaron en línea de batalla. De repente, a pesar de que había una orden de no hacer fuego, una granada del calibre de a cuatro pegó directamente en un carro de municiones de los insurgentes incendiándolo y provocando un estallido enorme. Sumado a este incidente, el terreno por el que avanzaba Calleja y que mediaba entre los dos ejércitos había empezado a quemarse "por el mucho fuego que había ardido en él" y un humo espeso era empujado por el viento y daba en la cara de los rebeldes. Estos percances provocaron un gran desorden entre los enemigos del brigadier —se incendiaron también muchos cajones de pólvora que había dispersos sin precaución— lo que le permitió avanzar con firmeza apoyado además por las fuerzas de Emparan.

Continúa relatando que en un momento y sin disparar un solo tiro, Calleja se hizo dueño de las "noventa y dos" piezas de artillería de todos calibres y por ende del campo insurgente plagado de cadáveres quemados. Hacia el final de su escrito, el autor de esta crónica dijo que para las cuatro de la tarde la tropa realista ya estaba arreglando sus tiendas y comiendo el rancho, y que no le parecía una exageración mencionar que la tierra temblaba con las grandes masas de caballería insurgente en retirada. Fue testigo también de que en todo el tiempo que duró la acción, no faltó una bala en el

aire, provocando tanto ruido que hacía huir a los azorados lobos, venados y coyotes que había en la comarca.[1]

Carlos María de Bustamante tomó esta versión casi al pie de la letra, argumentando que la había oído de boca de dos oficiales respetables "por su veracidad y buen juicio". Atribuyó el incendio del "pajón alto y muy seco" al estallido del carro de municiones provocado por la granada. Estaba seguro de que la desgracia perseguía al ejército americano, y que el viento, el sol o el polvo daban o quitaban las victorias.[2] La versión de la granada sobre el parque fue asumida después por Mariano Otero, Manuel Orozco y Berra, Luis Pérez Verdía y Julio Zárate —quien dice además que Calleja aprovechó el desconcierto creado por la explosión para dar la orden de avanzar— y también por otros autores que plantearon que hubo un estallido, aunque dijeran que lo habría producido un tiro de artillería o la bala de un cañón. Es el caso de Anastasio Zerecero, Emilio del Castillo Negrete, Guillermo Prieto[3] y Heriberto Frías —los tres primeros, junto con Pérez Verdía, plantearon igual que Bustamante que el incendio del carro se comunicó al zacate—. Es de señalar, que Otero y Orozco y Berra escribieron, quizá correctamente, que el fuego del campo lo produjeron ambas artillerías. Por su parte, Zárate y Frías nunca se refirieron a que durante la batalla hubiera habido algún incendio. Servando Teresa de Mier no habla de los incidentes, quizá por falta de información, y tampoco lo hace Arrangoiz, quien conscientemente guarda total silencio al respecto, a pesar de haberse basado en las versiones de Alamán y de Orozco y Berra.

Mora no mencionó la granada, pero sí hizo hincapié en que el campo y los soldados padecieron terriblemente por efecto de las llamas. Escribió además que el incendio se provocó cuando Allende dio la orden de dar fuego a las sesenta y siete piezas de artillería

[1] *Bosquejo de la batalla de Calderón el 17 de enero de 1811*, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985 (primera edición: 1879), t. II, p. 341-342.

[2] Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, segunda edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. 1, p. 186-191.

[3] Guillermo Prieto, "La batalla de Calderón", *Romancero de la guerra de Independencia*, México, Imprenta de *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, 1910, t. I. Prieto dice en su poema: "[...] De pronto con el estruendo, aquél campo estremecióse [...] el parque voló de Hidalgo, el llano las llamas corren, saltan en un mar de fuego, entre humo y horror los hombres, y las chusmas se desbandan y dando alaridos corren".

que prendieron "un pajón espeso y seco en un área considerable de terreno", produciendo una grande humareda que el viento arrojaba a los insurgentes y les impedía ver y maniobrar, por lo que abandonaron la batería y se pusieron en fuga junto con la reserva.[4] Una carta de los alcaldes de Ahualulco confirma que la situación para los insurgentes se volvió insostenible. Escribieron que ese día, hacia las tres de la tarde, cuando le preguntaron a un coronel lo que debían hacer, éste les contestó: "hidos a escapar la vida a onde Dios fuere serbido".[5]

En ninguno de sus partes, Calleja hizo la mínima alusión a la granada ni al incendio del campo. Por lo tanto, esos imprevistos tampoco existieron en las crónicas más "oficialistas" de Juan Bautista Díaz Calvillo y de Mariano Torrente. Este último dice, incluso, que el brigadier se llenó de complacencia al reconocer el campo enemigo dando por segura la victoria. Cita a continuación unas supuestas palabras, en extremo paradójicas, del que llama "sabio y previsivo Calleja", quien habría dicho que él sabría introducir el desorden en sus primeras filas y que su fuga habría de precipitar la ruina de tan orgulloso ejército.[6]

En todo caso, sí hay un documento que proviene del bando realista, que nombra el incendio. Se trata del informe del teniente coronel Joaquín del Castillo y Bustamante, quien siguiendo órdenes de Bernardo Villamil condujo dos cañones hasta la loma donde estaba la gran batería de los insurgentes. Él escribió sin ambages que "desplegué en batalla sobre la derecha y rompiendo el fuego contra ella los dos cañones que llevaba, nos estuvimos a pie firme hasta que reconociéndose incendiado el campo por las inmediaciones de nuestra artillería, se retiró ésta a mi retaguardia".[7] Los únicos historiadores que lo citan abiertamente son Mariano Otero, dándole todo crédito, y Lucas Alamán, quien minimiza la importancia de

[4] José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. III, p. 135.

[5] "Los alcaldes de Ahualulco avisan al Sr. Mercado la pérdida de la acción de Calderón", en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985 (primera edición: 1879), t. I, p. 389.

[6] Mariano Torrente, *Historia general de la revolución hispanoamericana*, Madrid, Imprenta de D. León Amaritá, 1829, t. I, p. 165.

[7] "Informe del teniente coronel Joaquín Castillo y Bustamante, segundo batallón de la columna de granaderos", Guadalajara, 24 de enero de 1811, en AGN, *Operaciones de Guerra*, exp. 171, f. 171.

su información, y no incorpora el incendio a su relato ya que, de aceptarlo, le hubiera implicado cambiar su versión apologética sobre Calleja y de la que nombró como su "espléndida victoria".

Es precisamente Alamán el único de los historiadores decimonónicos que, de manera expresa, pone en duda que haya estallado una granada en el parque de los insurgentes. Su relato sobre la batalla de Calderón es colorido y su lectura ágil, porque supo darle forma y suspenso, aunque con base únicamente en los partes del brigadier, en los que, como escribió Julio Zárate, creyó "con fingido candor". Aquí las palabras de don Lucas:

> Dícese que la dispersión en Calderón la causó en gran parte una granada de a cuatro que cayendo en un carro de municiones lo hizo volar e incendió la grama seca que cubría el campo llevando el aire, el humo y el fuego contra los insurgentes. Pudo suceder tal incidente, aunque no hacen mención de él los jefes del ejército real en sus relaciones que acompañan el parte de Calleja, lo que es bastante extraño, pues el comandante de artillería, que tanto encarece los servicios que su arma prestó en esta acción, no hubiera omitido una circunstancia tan relevante: dícese sólo que el campo se incendió con el continuo fuego de las dos piezas que Villamil llevó en auxilio de la división de Flon.[8]

Para este autor, el incendio no pasaba de ser "un simple accidente fortuito" que no modificaba las causas generales y permanentes —la composición y elementos de uno y otro ejército y sobre todo la pericia del brigadier— que le parecían suficientes para producir el mismo resultado. Páginas arriba había dado su opinión contundente: dijo que la dispersión de los insurrectos la provocó el hecho de que Calleja se pusiera al frente de sus columnas para atacar a la gran batería, porque con ese movimiento decisivo "los aterró" y los puso en una fuga tan precipitada "que no aguardaron aun ni a disparar sus cañones, que abandonaron dejándolos cargados a metralla".[9]

Antes de narrar su versión sobre Calderón, Alamán se lamentó de no recibir las noticias que el cura Pérez de Zapotlanejo —quien estuvo en el campo de Hidalgo— comunicó al obispo de Guadalajara. Este documento, que le había sido enviado por su amigo el carmelita fray Manuel de San Juan Crisóstomo, se perdió en el asalto

[8] Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 132-133.

[9] *Ibid.*, p. 132.

que sufrió la diligencia que lo traía, lo cual, dice don Lucas, "ha sido una pérdida irreparable para mí".[10] Existe una carta posterior de fray Manuel, en la que deplora el robo y le recuerda a Alamán que el cura de Zapotlanejo desmentía todo lo dicho por Calleja. Le dice además, que el parte del brigadier es "embrollado e inentendible" y que se podía reducir a "vine, ataqué, estaba yo casi vencido, huyó el tuerto Anaya, no hubo cabeza en el enemigo, tras de Anaya corrieron todos en desorden y vencí".[11] A pesar de que Alamán usó muchas otras noticias que le proporcionó el carmelita, prefirió no poner en duda las palabras de Calleja.

Por su parte, José María Liceaga pensaba que se podía "prescindir de la caída de la granada" pero no del incendio —y con esto rectificaba a Alamán como prometió en el título de su obra— que, según él, sí se verificó por el fuego continuo de las dos piezas de artillería que respaldaron la división de Flon. No tenía duda de que fueron "las casualidades y los accidentes los que precipitaron la dispersión y violenta fuga de los sitiados".[12] Un último asunto me parece importante destacar: los insurgentes iban ganando la batalla hasta que sucedió el incendio y el estallido del parque. Calleja, como hemos visto, no da cuenta de ello —sólo menciona que Flon tuvo que replegarse en tres ocasiones—[13] pero sí lo hacen Otero, Alamán —que no reconoce los incidentes—, Orozco y Berra, Zerecero y Castillo Negrete. Queda pendiente el asunto de la granada que habría contribuido a extender el incendio. ¿Fue realmente Calleja, cuando vio que iban perdiendo —y como buen conocedor de las habilidades de un jefe en pleno combate—, quien decidió introducir el desorden entre sus contrarios con la decisión de hacer estallar sus cajones de parque? ¿Lo hizo alguno de sus soldados por decisión propia y Calleja lo aprovechó para avanzar? ¿Por qué habría sido un oficial realista el que contó que desde sus filas se habría provocado el fuego sobre el parque de los enemigos?

[10] *Ibid.*, p. 119, nota al pie.

[11] Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson, *Alamán Paper's*, Documento 290a-01, fray Manuel de San Crisóstomo (Nájera), Carta a Lucas Alamán, 8 de mayo de 1849.

[12] José María Liceaga, *Adiciones y rectificaciones a la historia de Méjico por don Lucas Alamán*, México, Layac, 1944 (primera edición: 1868), v. 1, p. 182-183.

[13] Archivo General Militar de Segovia, *Expediente de servicios militares de Félix María Calleja*, publicado por Ignacio Rubio Mañé, "Las campañas de Calleja en la guerra de Independencia", *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1948, t. XIX.